

LACLAU, Ernesto: Misticismo, retórica y política, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002, 130 páginas.

por Graciela Cousinet

El autor, un pensador argentino empujado por la dictadura militar a buscar asilo en Europa, donde reside actualmente, se ha constituido en un referente obligado en el campo de análisis del discurso político y la construcción de hegemonía.

En este volumen, se reúnen tres trabajos recientes, que versan sobre esta temática, Muerte y resurrección de la teoría de la ideología, Política de la retórica y Los nombres de Dios. En ellos intenta establecer, primero, la posibilidad misma de construir a la ideología como objeto teórico y luego, analizar discursos diferentes al político, como el retórico y el místico, pero que tienen en común con éste la utilización de formas similares de desplazamiento y cierre.

En el primer artículo, parte de considerar que la ideología puede estudiarse en torno a tres ejes identificados por Hegel como doctrina, creencia y ritual. En el caso de la ideología como “sistema de ideas” la unidad de tal sistema depende de “la posibilidad de encontrar un punto externo a sí mismo a partir del cual una crítica a la ideología pueda verificarse _por ejemplo, mostrando a través de una lectura sintomal los verdaderos intereses a los que responde una configuración ideológica dada”.

Sin embargo, he aquí el problema, ya que la ideología, en sus definiciones teóricas más modernas (caso Althusser o Foucault) es constitutiva del sujeto y, por lo tanto, no se entiende cómo podría desprenderse de ella para encontrar un punto no ideológico. Todos los discursos que organizan las prácticas sociales están al mismo nivel y son inconmensurables los unos con los otros. Podría decirse, entonces, que la teoría de la ideología murió por su propio éxito imperialista.

Laclau considera, sin embargo, que es posible recrear la teoría y el análisis de la ideología mediante el procedimiento de considerar que la noción misma de un punto de vista extra discursivo es la ilusión ideológica por excelencia y que el concepto de distorsión no debe ser abandonado sino pasar a ser la herramienta central en el desmantelamiento de toda operación metalingüística.

El objetivo de toda ideología es constituir a la sociedad como un todo coherente. Este es el efecto ideológico fundamental, la creencia en que hay un ordenamiento social particular que aportará el cierre y la transparencia de la comunidad. Hay ideología siempre que un contenido particular se presenta como más que sí mismo. Sin esta dimensión de horizonte tendríamos ideas o sistemas de ideas, pero no ideología. Lo que la distorsión ideológica proyecta en un objeto particular es la plenitud imposible de la comunidad.

Otra cuestión importante será establecer de qué modo este carácter imposible de cierre ideológico llega a hacerse visible y no permanece oculto de modo indefinido. Lo que el autor afirma es que la cadena de relaciones equivalenciales entre significantes (el mecanismo utilizado por la ideología) tiene un carácter inestable y no puede alcanzar nunca su término en el orden del discurso.

Por ejemplo, el término “bienestar del pueblo” puede ser definido a través de una cadena equivalencial que se expande indefinidamente (alimentos, vivienda, salud, educación, justicia, equidad, libertad de expresión, participación, etc.) y lleva a una destrucción del sentido a través de su proliferación.

En el artículo titulado “Política de la retórica” Laclau toma a Paul de Man, notable crítico literario, como eje de referencia para dismantelar los mecanismos de la operación hegemónica. Esto, que puede parecer extraño se justifica por el hecho de que la retórica es siempre un girar alrededor de objetos que, si son nombrados, pierden su esencia. Del mismo modo el discurso hegemónico consiste en un cierre totalizador imposible. La tensión entre significantes y significado está en el centro de ambos discursos.

De Man, a su vez, analiza un texto de Pascal acerca del campo del conocimiento geométrico y su necesaria relación con los conceptos de cero y nada que, en la medida en que son nombrados, adquieren una determinación que los subvierte en su misma esencia.

“El cero, en cuanto tal, es completamente heterogéneo respecto del sistema y no es en punto alguno parte de él.” Aunque es el elemento que, por oposición, da sentido a todo el aparato de la geometría. El orden del número no puede constituirse sin referencia al cero.

“Si el cero como momento del cierre es un objeto a la vez imposible y necesario, tiene que tener acceso al campo de la representación. Pero los medios

de representación habrán de ser constitutivamente inadecuados. De ahí el movimiento tropológico que prolonga sine die la dialéctica no resoluble entre el uno y el cero”.

En la lógica de la hegemonía política esta contradicción se repite en la existencia de un “más allá” de todo sistema social que se transforma en condición imposible para el establecimiento de toda equivalencia y diferencia.

En el límite de su análisis Laclau considera que “esta relación por la que una diferencia particular asume la representación de una totalidad imposible y enteramente inconmensurable con ella, es lo que llamo una relación hegemónica.” En el caso de la lógica hegemónica cualquier elemento interior al sistema puede encarnar una función hegemónica, es decir, constituirse en la posibilidad de cierre y totalización.

Esto se logra mediante movimientos tropológicos en el orden del discurso. “Tanto la metáfora como la metonimia son movimientos tropológicos, es decir, formas de condensación y desplazamiento cuyos efectos se producen sobre la base de ir más allá del sentido literal”.

También el pensamiento místico es un ejemplo que puede servir para analizar los mecanismos mediante los cuales se construye la hegemonía. Si Dios es inenunciable, esto se debe a su absoluta simplicidad, que excluye de sí misma toda imagen representacional. El único atributo verdadero de Dios es la unicidad, puesto que es el único atributo que no es determinado. Si yo digo Dios es bueno, la “bondad “ es una determinación que implica la negación de lo que difiere de ella. La unicidad en cuanto tal como no – atributo, que no implica ninguna diferencia y, por consiguiente, ninguna negación, es lo único que podemos predicar de El.

Por lo tanto, en el lenguaje místico la tendencia generalizada es la distorsión del lenguaje que lo despoja de toda función representativa como camino para señalar algo que está más allá de toda representación. Sin embargo, Laclau considera que no hay posibilidad de un “más allá” de las diferencias que no sea dependiente de una operación de reintroducción de la diferencia. El residuo de diferencia y particularismo no puede ser eliminado. Tenemos, entonces un proceso que puede ser descrito igualmente como una “materialización” de Dios o como una deificación de un conjunto de determinaciones a las que se adjudica la función

de encarnar al Absoluto. Este proceso discursivo se relaciona con el la construcción de la hegemonía en la medida en que ésta es una relación en la que un contenido particular asume la función de encarnar una plenitud ausente.

Las consecuencias políticas que para el autor tiene este planteo teórico permitiría fundamentar la elección de la segunda de las dos tendencias contradictorias que se observan en la historia de la democracia:

- la jacobina que considera a la democracia como un intento de constituir al pueblo como actor social homogéneo opuesto al poder y cuyos discursos son principalmente metafóricos
- y la corriente que considera a la democracia como respeto a la diferencia y que se muestra en el nuevo pluralismo asociado con los nuevos movimientos sociales y cuyos discursos son predominantemente metonímicos, lo que mantiene siempre visibles las huellas de su propia contingencia y de su carácter incompleto.

Como crítica puede sostenerse que, si la distorsión ideológica es constitutiva de todo discurso y éstos construyen toda realidad, aún la ideológica; no existe tampoco posibilidad de encontrar un punto dentro de la ideología desde el cual develar sus mecanismos de constitución.

Pero, fundamentalmente, un análisis centrado exclusivamente en el discurso y su lógica impide entender que la ideología revela sus mecanismos distorsivos en la medida en que la realidad extra discursiva la enfrenta. Se pueden intentar innumerables cadenas equivalenciales para definir el “bienestar del pueblo” pero si la gente no puede satisfacer sus necesidades básicas ninguna operación discursiva será capaz de convencerla de lo contrario.

En el análisis de Laclau quedan afuera la crisis y la lucha de clases, y la hegemonía se reduce, por lo tanto, a un mero juego de palabras.